

Miguel Ayuso (ed.), *A los 175 años del Carlismo*, Madrid, Itinerarios, 2011, 584 págs.

Cuando se cumplían 175 años de la irrupción del Carlismo, los días 27 y 28 de septiembre de 2008 tuvo lugar en Madrid un Congreso internacional para aportar las claves de interpretación de este movimiento político. Cincuenta especialistas de las más diversas disciplinas, provenientes además de una decena de países, respondieron a aquella convocatoria académica, cuyo resultado puede considerarse –pese a todas las irregularidades que un libro de estas características no puede no tener– el más completo esfuerzo realizado hasta ahora para ofrecer una visión cabal de la poliédrica realidad carlista.

Este volumen recoge una amplia selección de las ponencias del Congreso y bucea en las profundidades del Carlismo, recreando su historia en los distintos reinos peninsulares y ultramarinos, presentando cómo ha sido visto desde otros universos culturales, tratando de su representación por la literatura y el cine y, finalmente, indagando las razones de su doctrina en contraste con los problemas del presente.

No puede aspirarse en el espacio aquí concedido más que a destacar, del conjunto, algunos textos. Tras el marco general (Ayuso y Santa Cruz), se ofrece el dibujo de los carlismos peninsulares (entre los que destaca la contribución de Ullate) y el de los ultramarinos (difícil de escoger, pues son todos, en su diversidad, bien interesantes). A continuación se ofrecen algunas visiones del Carlismo, desde otros universos conceptuales (la de Di Giovine, por su amplitud, quizá sea la más destacable). En lo que toca a la cuarta parte, la consagrada a las representaciones del Carlismo, resulta extraordinaria la dedicada a la novela (obra de Botella y Rozas). Acaba el libro con algunas reflexiones sobre el sentido de la doctrina carlista en nuestros días (todas valiosas, aunque descuelen las de Gamba y Castellano).

Juan CAYÓN

Sociedad Misionera de Cristo Rey, *P. José María Alba, S.J.*, Sentmenat, 2011, 101 págs.

Sencilla biografía del P. Alba, de la Compañía de Jesús, preludeo de alguna más extensa que sin duda se escribirá. Pero muy útil para acercarse al conocimiento de uno de los sacerdotes con más carisma de la segunda mitad del siglo pasado. Tuve la inmensa fortuna de conocerle y de ser

su amigo. Muchos encuentros a lo largo de los años hasta que le despedí en un multitudinario funeral en un frío día de enero de 2002.

Fue sin duda uno de los más extraordinarios sacerdotes que he conocido. Y he conocido muchos verdaderamente notables por gracia de Dios. Tenía una personalidad desbordante, apasionada, con notabilísimas condiciones de líder. Nada en él era vulgar o anodino. Piadoso, rezador, activísimo, extraordinario director espiritual... Era ciertamente recio. Y hasta duro podría parecer desde el exterior. Pero desbordaba cariño, atenciones, delicadezas... Estaba siempre pendiente de todo y se interesaba por todo. Todos los que le tratamos sabíamos que éramos importantes para él. Que nos quería. A mí me lo demostró mil veces. Y era emocionante ver como se paraba con unas viejecitas que le adoraban o con unos niños que le escuchaban con ojos abiertos de admiración. La Unión Seglar de San Antonio María Claret era una gran familia en la que el Padre era eso: el Padre. Pero si algo gozaba de sus especiales preferencias era la juventud. De la que fue extraordinario director espiritual. Unos llegaron al sacerdocio, otras ingresaron en casas de religiosas, muchísimos constituyeron familias verdaderamente cristianas y no pocas, además, numerosas. Ejemplar su colegio de Sentmenat. Si todos los colegios religiosos fueran como él otro gallo nos cantara. Hoy lo lleva la Sociedad Misionera de Cristo Rey, en sus dos ramas, masculina y femenina, que el P. Alba fundó y en la que tantos amigos tengo. Y tanto respecto a los Misioneros como a la Unión Seglar o la Hermandad Sacerdotal quiero señalar un rasgo típico del P. Alba. Tengo el convencimiento de que él fue el alma de todo, ciertamente con valiosísimas colaboraciones. Por ejemplo del también jesuita P. Piulach o de los mosenes Ricart, Mariné o Bach. Pero el P. Alba se replegaba siempre ante ellos. Como si quisiera dejarles el escaparate. En eso era de admirable humildad. El opúsculo se refiere, como es lo normal, a la crisis de la Iglesia y de la Compañía de Jesús. Acabo de leer una extensa biografía del también jesuita padre Morales en la que eso no existe. Algunos son tan “delicados” o timoratos que en buena parte se cargan la biografía.

Además sin esa crisis no se entendería la vida de Alba, Morales, Molina, Bidagor... Si no hubiera existido, y desgraciadamente aún perdura, ¿para qué nuevas fundaciones religiosas? Los jóvenes con vocación que se dirigieron espiritualmente con ellos habrían ingresado en su gran mayoría, salvo clara vocación diocesana o a institutos de “mayor perfección”, en la Compañía de Jesús. Tuvieron muy claro que no. Por algo sería. Siendo además todos ellos estrictos ignacianos. Y hasta sus fundaciones, salvo la del P. Morales tal vez, eran exacto reflejo de la Compañía en la que ingresaron y que verdaderamente añoraban.

Lectura pues muy recomendable que hace desear una biografía más extensa sobre este egregio jesuita.

Francisco José FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA